



Centro de Asesoría y Estudios Sociales
Atocha, 91 2º
28040 Madrid
Tel: 91 429 11 13 Fax: 91 429 29 38
www.nodo50.org/caes caes@nodo50.org

Moneda única, globalización, comida basura

Con motivo de la Tercera Conferencia Ministerial de la OMC (Organización Mundial de Comercio), en Seattle, ciudad del estado de Washington, el 20 de noviembre de 1999, más de cincuenta mil manifestantes iniciaron una nueva etapa de luchas puntuales masivas contra la globalización y sus efectos.

Sin embargo, no todas las fuerzas opuestas a la liberalización brutal del comercio que impulsaba EE UU a través de la OMC, partían de los mismos presupuestos. Una de las principales causas del fracaso de esta cumbre, junto con la deslegitimación que la protesta social supuso para la OMC, fue la oposición de los países de la Unión Europea a la eliminación del “Principio de Precaución” en la producción y comercialización de alimentos.

Europa defendía que un producto se pueda comercializar sólo si se demuestra que no es nocivo para la salud, mientras que USA exigió la libertad de comercio de alimentos mientras no se demuestre su nocividad. La propuesta extremista de EE UU es el síntoma de un capitalismo libre que se ha desarrollado sin oposición ni en su origen (no tuvo que desplazar ningún poder feudal), ni en su desarrollo (no ha habido ninguna revolución obrera anticapitalista en EE UU).

Lo que sólo era una diferencia de intensidad de la lógica mercantil, explicable por factores históricos y sociales, fue utilizada por la socialdemocracia europea como un elemento de diferencia cualitativa: “una lechuga no es solo una lechuga, es también una cultura, una forma de vida y de producción rural respetuosa con la naturaleza”.

Las “Vacas Locas” en Europa vienen a demostrar lo excesivo de tal interpretación. Realmente lo que el capital europeo defiende no es la salud de las personas sino la ventaja comparativa del capital USA, que ahorra costes vinculados a la falta de seguridad alimentaria, de protección del medio ambiente y de los derechos laborales.

El beneficio privado y la racionalidad económica son la lógica dominante en la producción, el consumo y la vida social, tanto de EE UU como de la Unión Europea (UE). La diferencia es solo cuantitativa. La falta de obstáculos políticos y culturales para el despliegue del mercado como principal mecanismo de regulación social en USA, permite que lo que aquí pasa por extremismo, allí sea normal. Sin embargo, como nos demuestra la “encefalopatía espongiforme bovina”, una cosa es lo que se dice y otra diferente lo que sucede en la realidad.

Cuando el derecho a la comida está en manos del mercado, no podemos calificar “el mal de las vacas locas” como una anomalía, sino como algo inherente a las normas que rigen el funcionamiento de la sociedad.

En un mercado global donde la competitividad se constituye como “última ratio” de la producción y del trabajo, es totalmente racional que las industrias agroalimentarias pongan por delante las mejoras de productividad que les permitan vender su comida-mercancía, arruinando a otros competidores, no solo internacionales sino también pequeños productores de su propio país, cuyo grado de eficiencia económica no puede competir con ellos. Pero en nombre de la racionalidad económica se destruyen productores de alimentos muy eficientes en términos de intensidad de mano de obra, mantenimiento del patrimonio biogenético, bajo consumo energético, seguridad alimentaria, reciclaje biológico de los residuos, etc.

La Política Agraria Común (PAC) de los países europeos está regida por los mismos criterios de eficiencia económica que los de sus competidores norteamericanos. La Agenda 2000 que contiene el paquete financiero del próximo sexenio está orientada a la mejora de la competitividad mediante el abaratamiento de los precios. Reparte ayudas y subvenciones, no en base al mantenimiento y autonomía de la pequeña producción agroalimentaria social y ecológicamente eficaz, sino en base a la dimensión de la empresa agrícola, con lo cual cobra más el más grande y se favorece el cultivo, no de alimentos, sino de subvenciones.

La PAC, uno de los tres pilares de la construcción europea desde el tratado de Maastricht de 1992 (junto con el control policial y la moneda única, verdadero eje vertebrado del proyecto), contiene tal grado de incongruencia con las necesidades de la población, que gasta inmensas cantidades de dinero en subvencionar la destrucción de recursos agrícolas y ganaderos, base de nuestra soberanía alimentaria, para controlar el volumen de la oferta. Esta incongruencia le está originando en el actual caso de “las vacas locas”, un desequilibrio financiero descomunal que va a poner en jaque no solo el pilar agrícola, sino quizás, junto con otros desequilibrios, la estabilidad del propio proyecto.

El miedo de masas —democrático, eso sí— a la “carne loca” se multiplica por la inseguridad que inspiran los políticos que mienten más que hablan. Sin embargo el problema de fondo no solo es de vacas.

Tratar a los animales no como seres vivos sino como máquinas de producir carne, leche o huevos, sin mas objetivo que maximizar la inversión de capital y con el más absoluto desprecio a las consecuencias para la salud de la población, la contaminación ambiental y el derecho de la gente a tener un empleo digno, es algo coherente con la producción industrial e intensiva de alimentos para el mercado. Tratar a los alimentos como mercancías en lugar de cómo un aporte imprescindible para la vida, la salud y la dignidad de las personas, justifica sobrepasar todos los límites materiales, políticos y éticos. La tecnología aplicada a la producción de alimentos arrasa con los valores tradicionales, rompe las formas de vida, producción y distribución basadas en el respeto a los derechos humanos y a la naturaleza. Permite nuevas combinaciones de elementos y dosis en la alimentación de los animales que les hagan crecer más rápido y con menores costes. La carne resulta así más barata, pero solo a condición de externalizar del precio del filete los costes sociales, sanitarios, medioambientales y humanos que origina esta forma de producir. Si al kilo de carne le imputamos el empleo destruido, el paro generado, el desarraigo y las migraciones de los pequeños campesinos arruinados, el deterioro de la naturaleza y de la calidad de vida, la negación del derecho a vivir dignamente en el campo, produciendo alimentos sanos y conservando el patrimonio genético de las especies vivas autóctonas, cada filete costaría veinticinco mil pesetas.

Tratar a animales herbívoros como si fueran carnívoros, más aún, caníbales, dándoles piensos de origen animal y condenándoles a una existencia de hacinamiento e inmovilidad, atiborrándoles de antibióticos y hormonas y trasladándoles frecuentemente en condiciones de extremo sufrimiento hasta los mataderos, no es algo contradictorio, sino inherente, a la Política Agraria Común y la Moneda Única.

Los gobiernos de los países europeos, entre ellos el Español, saben o deben saber que cuando un animal se come a miembros de su misma especie o de una especie cercana, es altamente probable que se genere la llamada “encefalopatía espongiiforme”, en este caso bovina. Este es un mecanismo de la naturaleza para evitar la proliferación de especies caníbales.

El ganado afectado por el “Síndrome de Encefalopatía Espongiiforme Bovina” es solo un epifenómeno de la violencia de la economía global. No solo pone de manifiesto la codicia empresarial que, teniendo la posibilidad de dar alimentos naturales al ganado, opta por otros más eficientes para el engorde, aunque sean nocivos para los

animales y para quienes los consumen. Muestra también la lógica de una economía que subordina al beneficio cualquier fin social y no duda en sobrepasar los límites de la naturaleza. Esta lógica también contamina y disuelve el derecho a la vivienda, a un salario digno, a los derechos políticos y humanos protegidos por la Constitución, que realmente son solo libertades condicionales, condicionadas, al derecho mas fuerte del capital para obtener beneficios.

Tras muchos años de aparente imposibilidad de cumplir las condiciones de convergencia monetaria de Maastricht por los países más débiles, entre ellos España, un ciclo de expansión económica de cinco años, ha permitido el crecimiento de la economía, de la productividad y del empleo (precario), todo ello con baja inflación y estabilidad presupuestaria.

Tras años de triunfalismo de los gobiernos conservadores, se abaten varios vectores de desequilibrio sobre la Europa del Capital. Uno de ellos es la llamada “crisis de las vacas locas”. Sostener a los productores de vacuno (135 000 familias en España), al borde de la ruina por el desplome del consumo, el mayor gasto de alimentación de las reses no vendidas, junto con la dotación de medios para el test de la enfermedad, hoy para las reses mayores de treinta meses, pero necesariamente extensible a las de mas de 24 meses, si se aplica con propiedad el “principio de precaución”, así como la implantación de medios para destruir las reses enfermas o sospechosas o simplemente no vendidas (solo de muerte natural se eliminan en España 185 000 reses anuales), va a suponer la quiebra financiera de la PAC, lo cual es lo mismo que decir que la quiebra financiera del cincuenta por ciento del Presupuesto de las Instituciones Comunitarias.

Este desequilibrio, junto con la ralentización del crecimiento económico en Europa, combinado con el efecto, contradictorio, del final del ciclo de mas de diez años de fuerte expansión de la economía USA, apunta la posibilidad de cambios importantes en el funcionamiento de la economía y por lo tanto, de las formas de explotación y dominio del Capital en nuestros regímenes parlamentarios de mercado.

La euforia económica que ha caído como lluvia benéfica, no solo sobre el gran capital sino sobre amplias clases medias, ha permitido tapar los desmanes de la precariedad, las privatizaciones, el desmontaje de la tutela política de los derechos sociales y las agresiones al medio ambiente.

La posibilidad de un ciclo recesivo en las economías europeas, con Estados Unidos, también en recesión, pero descartándose libremente de decenas de miles de empleos sin mas trámite que la comunicación de despido, puede llevar al capitalismo europeo y español a acometer, de una vez por todas, la modernización económica incluida la del mercado de trabajo, esta vez a cara de perro.

Los desajustes económicos suponen nuevos problemas para los de abajo. Si el auge de la economía ha sido a costa de la precariedad, de la explotación salvaje de los más débiles, del enclaustramiento y la dependencia de las mujeres, ¿qué sucederá con la economía en crisis, con 3,5 millones de eventuales a los que solo hay que dejar de renovar el contrato?

Las inocentes clases medias, bienpensantes y bienconsumientes, integrantes en su mayoría de familias asalariadas con empleo, seguidores y votantes de los partidos institucionales y de los sindicatos mayoritarios, pueden ver amenazada su forma de vida y consumo. Esto supondría su desafiliación del régimen que les garantizaba una vida de seguridad en un mundo de exclusión y precariedad masiva. Quien les asegure recuperar esa seguridad por cualquier método podría conseguir su apoyo.

El desequilibrio del ciclo de producción y reproducción de las relaciones capitalistas solo puede traer algo mejor si existen fuerzas sociales capaces de reconocer la furia destructiva de la lógica del capital.

En particular, una crisis alimentaria de la envergadura de la actual solo puede resolverse con el cambio de las pautas de alimentación. Sustituyendo de forma mayorita-

ria las proteínas de origen animal por la de origen vegetal. Garbanzos, lentejas, y alubias. Leguminosas propias de nuestra tierra y nuestro clima, en lugar de hamburguesas y macmierda. Soberanía alimentaria en lugar de comida basura dependiente de multinacionales. Dignificación de la vida en el campo, producción agroecológica, distribución en ciclos cortos.

Esta alternativa no solo depende de los empresarios y de los gobiernos, depende también, sobre todo, de la conciencia de la población.

No se trata sólo de no comer carne de vaca loca, sino de no comer carne de ganado o de aves inmóviles, alimentadas con piensos compuestos de antibióticos, urea, grasas, vísceras, tendones, hocicos, párpados y sangre. También se trata de no contribuir a la producción intensiva de ganado cuyos excrementos contribuyen a la contaminación de los acuíferos y al calentamiento de la atmósfera, y de no ser cómplices con el hecho de que el cincuenta por ciento del grano que se cultiva no es para que coma la gente que pasa hambre, sino para engordar el ganado que nos comemos los establecidos. En este sentido las “vacas locas” son un merecido castigo para una población indiferente a una forma de vida y de consumo inviable y criminal.

La locura no es de la pobre vaca presa, maltratada y sacrificada, sino la irracionalidad del orgulloso ciudadano@ indiferente a todo lo que no sea su propio placer, cómplice por omisión y descompromiso, exultante por la modernidad de la Europa de la Moneda Única.

Agustín Morán (CAES)
Enero de 2001